

Dossier:

*De los esguinces de la fama literaria
y de un remordimiento*

Jairo Morales Henao



La reputación tiene una extraña vida propia,
sobre la que el sujeto en cuestión tiene poco o ningún control
Aldous Huxley

Inauguraba ciudad, Medellín. Y tiempo. El tiempo increíblemente generoso de los horarios de universidad, que desconcertaban y apabullaban casi con sus libertades a cualquier muchacho que viniera de los agobios del bachillerato. ¡¿Cómo era posible que entre una clase y la siguiente se pudiera disponer hasta de dos horas y más?! ¿Qué hacer con tanto tiempo? El derroche apenas en secreto. Eso que nos parecía una vagancia apenas disfrazada no coincidía en absoluto con los anuncios de nuestros maestros del colegio sobre las estrictísimas exigencias académicas que nos esperaban en las aulas universitarias.

Hacía poco graduado de bachiller, y mucho antes de lector y tímido, el problema para mí estaba resuelto: la biblioteca de la universidad. Allí emplearía esas horas muertas en darme un festín de literatura contemporánea. Desde el primer día me había puesto al tanto de lo que guardaban sus estanterías. Muchos más títulos de los autores de la Generación Perdida que los poquísimos que me ofreció la Biblioteca José Félix de Restrepo, de Envigado, durante el bachillerato; las principales obras, filosóficas y literarias, del llamado “existencialismo francés”; las difíciles pero atractivas novelas de la corriente, también principalmente francesa, conocida

como “Novela Objetalista” o “Nouveau Roman”, cuyos autores comenzaban a disputarle a los existencialistas el espacio de revistas y suplementos literarios nacionales; las obras de narradores italianos de los que había leído en suplementos, como Alberto Moravia, Vasco Pratolini, Cesare Pavese, Carlo Levi o Elio Vittorini, y autores con una atractiva aureola de rebeldía y marginalidad como Henry Miller y Jack Kerouac, casi todos ellos divulgados en lengua castellana entre las llamativas cubiertas de la editorial Losada ilustradas por Baldessari.

Cuando apretaba la saturación de la biblioteca, era posible recurrir a mesas de cafés y cafeterías, donde se te permitía leer por horas mientras consumías uno o dos cafés o te bebías lentamente una cerveza. Otra opción era visitar librerías. Y fue en uno de éstos establecimientos que dio comienzo la historia que se va a contar en estas páginas. Estudiante pobre y sin empleo, comprar libros no era posible sino a costa de negarse entradas a cine, cervezas, mecateadas y alguna entrada al Atanasio, todo lo cual no podía salir más que de lo que me daban mi padre, mi madre (así, separaditos, porque la cosa no venía de la misma forma si se trataba del uno o del otro) y mi abuela. Si la presa se había ubicado en La Anticuaria era posible ir pagándola por cuotas que uno mismo se fijaba.

Este gesto de comprensión salva en mi memoria a su dueño, el viejo Amadeo Pérez, mal poeta amén de culto librero de viejo. Pero comprar en las otras librerías no tenía más opción, por supuesto, que hacerlo de contado. Y la novela que me obsesionaba conseguir por aquellos días, *El enano*, llevaba semanas en la vitrina de una librería que se encontraba en Sucre con La Playa, costado oriental, esperando que se completara su precio en mi bolsillo. El nombre del escritor sueco Pär Lagerkvist era adscrito por los entendidos a la literatura llamada “existencialista”, y, además del ya señalado, los títulos de sus libros y cuentos eran atractivos: *El verdugo*, *Barrabás*, “*El ascensor que descendió al infierno*”. Más o menos en tres semanas completé el dinero – y algo más, pues me gustaba celebrarme la compra con una cerveza en el café más próximo a la librería – que valía el libro.

Cuando entré a la librería no se encontraban en ella más que la señora que atendía, una mujer que recuerdo rubia,

algo robusta, de gafas de montura gruesa y edad indefinible en mi memoria, y un señor de pantalón y saco de paño oscuro (¿negro, azul, marrón?), chaleco, corbata y camisa de manga larga. Aunque lo veía como un hombre viejo, recuerdo que el cabello era negro, liso y peinado hacia atrás. Llevaba gafas de montura negra, y gruesa, como al parecer se prefería en la época según pude ver en fotografías muchos años después. Permanecía de pie y tuve la impresión de que no estaba allí en plan de comprar libros sino que había estado conversando con la señora que atendía. Sin pensarlo deseché fingir que “iba a ver si me antojaba de algún libro”. Lo señalé de una en su lugar de la vitrina frente a la que había pasado casi a diario desde hacía tres semanas para comprobar que seguía allí (por supuesto, creía que era el único ejemplar).

No recuerdo las palabras, el pretexto, pero la señora me guió hacia una vitrina interior y señaló dos libros que me propuso comprar en lugar del que yo le había solicitado: “Los dos le valen menos que el que usted quiere y son muy buenos también”. Los títulos y el nombre del autor, que era el mismo, no me dijeron nada. Pero a esa mudez se sumó la impresión, más definitiva, creo, producida por el color de las cubiertas, que era idéntico en los dos libros: una tonalidad caliza, paliducha, tristoná, de loza conmemorativa o monumento de cementerio veteados por soles, lluvias, indiferencia y desconsuelos incontables. Cuando vio que yo vacilaba, acercándoseme un poco y bajando la voz, me dijo: “El señor que está ahí fue el que los escribió”. Las orejas me ardieron, no sabía qué hacer. Pero la vacilación duró apenas unos instantes. Sin que tuviera conciencia del por qué, me rebelé contra aquella intromisión, sin duda excesiva, agravada por el hecho de que sólo nosotros tres nos encontráramos allí dentro (esto me hace pensar que debía ser muy temprano en la mañana, cosa de las nueve o diez, cuando las librerías han abierto hace poco). Le mentí a la librera diciéndole que en quince días volvería por las dos novelas que ella me sugiriera. Estoy seguro de que ninguno de los tres creyó que yo cumpliría, lo que no quebró la amabilidad en el trato que me dio la librera, ni el silencio de él, que lo envolvía como un segundo traje que le venía también cómodo. Pagué, di las gracias y me di vuelta para salir. Cuando lo hacía me di cuenta de que desde que supe que él era el autor de esos dos libros, Pozo cegado y Visibili-

dad cero, había evitado mirarlo porque ya cuando escuchaba la propuesta de adquirir estas obras estuve seguro de que no iba a ceder a ella. El rostro del escritor permaneció a pocos centímetros de mi cabeza, “soplándome en la nuca”, hasta que torcí a la izquierda en la esquina de Junín con La Playa. Su recuerdo ardía en mí y me llenaba de bochorno. Mi terquedad de muchacho había defendido bien no sólo el bolsillo escaso sino mis intereses literarios del momento, que yo creía convicciones excluyentes de cualesquiera otras, y definitivas, claro. ¿Cómo esperar algo distinto en un lector apasionado de escasos veinte años, asediado, además, por las ya mencionadas modas literarias del momento en ese ya lejanísimo 1966? Y como buen muchacho, fui olvidando el asunto por completo. O así lo creí, por lo menos.

Pasaron diecinueve años para que aquellas dos cubiertas me volvieran a salir al paso, pero ya en las estanterías de una biblioteca especializada en autores antioqueños, donde me acabo de jubilar hace apenas año y medio. Ese prolongado contacto cotidiano con la historia y la cultura de la región antioqueña, que cubrió tres décadas, hizo mucho más que curarme del menosprecio por lo nuestro, que marginarme de la corriente dominante en los lectores de literatura – para limitarnos a esta esfera, dado el objeto específico de lo que escribimos ahora –, aquella que se interesa de manera casi exclusiva, y en muchos casos sin el “casi”, por las literaturas extranjeras: me permitió una apropiación, en casos libro por libro, de autores de primera fila, por supuesto, de aquellos que, además de la calidad de sus obras, el azar de ciertas circunstancias ha contribuido a ubicarlos en los primeros lugares de la consideración lectora de la posteridad, pero también de figuras y libros de un valor literario no inferior – y en no pocos casos superior – al de aquellos que gozan del reconocimiento, aunque hayan debido resignarse a una segunda o tercera fila. Gonzalo Cadavid Uribe disfruta de esta segunda suerte al lado de otros autores antioqueños merecedores de otra consideración. Estos “enigmas” (entre comillas porque no lo son en realidad) siempre han estimulado mi curiosidad. Esos autores que parecieron agotarse en un primer o segundo libro; esos colaboradores permanentes en periódicos y revistas de su época pero que al parecer nunca aspiraron a libro; y aun esos narradores de figuración nacional, mientras vivieron, y de obra

relativamente extensa, como José Restrepo Jaramillo, de cuyo injusto segundo plano nos hemos ocupado en textos publicados, exposiciones, mesas redondas y conferencias. Y en el caso del escritor que nos ocupa en estas páginas, hay pistas y explicaciones para ese ninguneo en que la fama lo ha ido ubicando. Pero aún así seguí sin leer sus dos novelas por un muy largo tiempo.

Hablamos de “pistas” como el año de publicación de sus dos novelas, 1966. El sello editorial que se hace responsable de la edición es CARPEL, en realidad una tipografía ubicada en la calle Miranda, en Medellín. Es decir, edición de bolsillo del autor. ¿No contaba con alternativas? Sí. Por entonces se encontraba en actividad Ediciones La Tertulia, dirigida por Manuel Mejía Vallejo, tres años antes ganador del premio de novela Eugenio Nadal, y quien era Director de la Imprenta Departamental en 1959 cuando fue impreso allí el libro de Cadavid Uribe Presencia del pueblo en Tomás Carrasquilla. Había, pues, sino una amistad, sí un conocimiento. Bajo el sello de Ediciones La Tertulia aparecieron libros de Jesús Botero Restrepo, Oscar Hernández, Olga Elena Mattei, Regina Mejía de Gaviria, Pilarica Alvear, del mismo Mejía Vallejo y de otros autores de su generación, además de escritores de hornadas posteriores como Gonzalo Arango. ¿Timidez? ¿Inseguridad? Me inclino porque sencillamente quiso hacerlo de su cuenta. La lectura de sus dos narraciones extensas apoya esta hipótesis. Se sentía en una distancia respecto del medio literario local, y hasta nacional, creo yo, por lo menos del medio que le fue contemporáneo. Y una distancia nada tranquila, nada sosegada, infiero. Y quiso mantener esa distancia, que en realidad era un gesto de independencia, al momento de publicar sus dos novelas.

De entrada, Pozo cegado y Visibilidad cero sacuden al lector avezado de narrativa antioqueña y colombiana anterior por su manifiesta marginalidad respecto de las corrientes predominantes hasta entonces. Ningún rastro de los usuales comienzos que ubican al lector en un contexto geográfico, topográfico, urbanístico o histórico; ningún relente de los tratamientos más usuales y los tópicos más gastados. La iracundia irrumpe potente desde las primeras páginas, iracundia que tiene como objeto, se trasluce ya en esos comienzos, la vida toda de su región,

las costumbres pero sobre todo los valores que alientan en el cuerpo social, y no como sosegada recreación impersonal, como representación “objetiva” del transcurrir y discurrir de unos personajes en su ámbito originario. No, de entrada la furia crítica, el bisturí que rasga con prontitud y mordacidad, que, sin entretenerse en juegos de superficie, penetra hasta los tejidos más profundos para solazarse en sacar hacia la luz las deformaciones de la mentalidad pueblerina, aquellas perturbaciones del alma colectiva que enturbiaban de manera permanente la vida de los hombres para hacérselas miserable, insufrible, y donde las satisfacciones, aunque luminosas, escasean.

Omitidos así de raíz los prolegómenos más convencionales, sus dos relatos se instalan desde el comienzo en otra tradición: la que hace de la reflexión, del pensamiento, del lenguaje del ensayo, elemento definitivo de la corriente narrativa. Por eso hay que pensar más en ciertas vertientes de la novela europea como el pasado literario al que pertenecen más en propiedad. No debe entenderse esta afirmación como que en la narrativa antioqueña, desde Tomás Carrasquilla y aun antes suyo, sea una ausencia la crítica al medio social. Pensar así de nuestra cuentística y novelística, más que injusto sería estúpido. Lo que particulariza a Cadavid Uribe es el lenguaje predominante en sus dos relatos: el de la reflexión, que predomina sobre el que cuenta hechos. Éstos existen, por supuesto, y son el pretexto para que el pensamiento se lance sobre ellos y los incorpore como elemento vivo del relato, sacudiéndose así toda brizna de disquisición huera que pudiera pesar sobre él, todo tufillo de “conversación intelectual” en los ocios de unos personajes a los que aquellos asuntos apenas sí rozan. No. Los acontecimientos narrativos son más bien escasos, pero su repercusión inmediata en la vida de los hombres y los conglomerados sociales es tal que constituyen verdaderos cataclismos donde se destruyen vidas en horas o a largo plazo, como resultado de una lenta pero persistente erosión. No se trata de contar muchas cosas, parece decirnos su estrategia narrativa, sino de seleccionar unos episodios de verdadera trascendencia por su incidencia y fuerza dramáticas.

La fama, ya se ha dicho, tiene sus arbitrariedades. No deja de ser irónico que hayan pasado prácticamente des-

apercibidas dos novelas de una carga crítica excepcional entre nosotros, mucho más agresiva, coherente, fundamentada, mordaz y peligrosa para el establecimiento que lo producido hasta entonces por el Nadaísmo en sus ocho años (1958 – 1966) de gestos de rebeldía, de producción más bien escasa y desigual, y de excentricidades y pequeños escándalos agrandados por una prensa pacata. Además de la imagen de crítica de los valores dominantes y supuestamente de vida por fuera de las normas sociales que acaparaba el Nadaísmo, y como le sucedió a tantos otros libros y autores – fenómeno socioliterario que aún no ha sido evaluado – a las dos novelas de Gonzalo Cadavid Uribe las esperaba un año después ese ciclón que fue Cien años de soledad. Las esperaba para alejarlas de la consideración de los lectores. La novela de García Márquez no les dio tiempo de alcanzar a hacer un camino también entre la crítica. No es exagerado decir que quedaron literalmente sepultadas, convertidas en meras curiosidades literarias de un pasado alejado, sin serlo, y a las que se intentó retirarles el polvo de esa exclusión inmerecida veintidós años después por la colección “Ediciones AUTORES ANTIOQUEÑOS”, que las incluyó como su volumen 45. Pero la situación varió poco, pues que se sepa hasta ahora ningún sello editorial comercial de alcance nacional las ha tenido en cuenta, paso siguiente que se ha quedado en veremos. Mejor suerte han tenido dos novelas de José Osorio Lizarazo, redimidas de un ámbito editorial de publicaciones oficiales y locales de corto alcance, primero por Plaza y Janés, y recientemente por Punto de Lectura, suceso editorial favorecido sin duda por el hecho de pertenecer esas novelas a un autor bogotano, además de lo que le debe a su interés literario, cosa que no discutimos.

Visibilidad cero está escrita en forma de diario. Y ya en una de las primeras anotaciones el narrador hace explícito lo que esa realidad llamada pueblo puede esperar de sus páginas: “... el pueblo no es espacio para vivir sino una cárcel para ir muriendo”, y también esa realidad final, el lector: “Me interesa dejar descrita la realidad psicológica y vital del pueblo...” porque “Más que un diario de mis impresiones, esto que estoy escribiendo parece un libro de recuerdos”. El narrador registra que comienza esos apuntes a tres días de haberse casado, y aunque no hay motivo para dudar de su reciente felicidad conyugal,

según lo hace constar, sus esponsales son el punto de partida, más que de nimiedades e intimidaciones personales, de reflexiones realistas y acerbas sobre aspectos del acontecer pueblerino, no pensadas en frío sino acicateadas porque ya su noviazgo chocó con la caparazón endurecida de los prejuicios inmemoriales que tienen como centro una conciencia perturbada del cuerpo y la sexualidad, la idea del sexo como pecado, el cuerpo como tabú: “Las gentes del pueblo le tenían miedo al cuerpo, es la encarnación de uno de los enemigos del alma...”. Prejuicios que van desde la imposibilidad de una amistad entre un hombre y una mujer por fuera del noviazgo y el matrimonio, hasta el veto extendido al embarazo prematrimonial, así los novios hayan contraído nupcias antes de nacer el hijo, y las discriminaciones que causan en el pueblo y a veces dentro de las mismas familias tales violaciones de la normatividad colectiva; exclusiones, y aun persecuciones, que se extienden al interdicto que veta la amistad entre negros y blancos (léase pobres y ricos) y entre trabajadores manuales y rentistas, o aquella otra que hace de una viuda un ser sin derecho a disfrutar de su cuerpo, y que hace de la “compasión” por ella un sentimiento hipócrita atravesado por esa sexualidad torcida: “... quedar viuda es clausurar ya, y para toda la vida, la relación normal que sexualmente justificaba esa vida. En el fondo de toda compasión pueblerina hay un pensamiento y un deseo sexuales, no más. No se compadece, por ejemplo, tanto al viudo como a la viuda”.

Nada nuevo bajo el sol de la literatura, se dirá, y con razón. Pero sólo leyendo la novela puede sentirse cómo por la fuerza de su planteamiento y la distinción tan particular de los episodios en la autobiografía del narrador, parece que aquellas cosas se dijeran por primera vez en nuestra narrativa, lo que es cierto en cuanto a lo incisivo y sin concesiones de su visión crítica, y tan a la altura de nuestras mejores novelas críticas en lo relativo a la convincente y eficazmente elaborada verosimilitud de sus acontecimientos. El autor del diario, a la vez protagonista y narrador, se construye desde su pensamiento y reacciones ante los sucesos, convincente por lo humano, es decir, por lo complejo, porque carga también con sus “debilidades”, como la atracción de toda la vida por su cuñada Martha, y también por ser consecuente con sus ideas, por su honestidad esencial, tanto ética como intelectual. Esa diferencia

conflictiva del narrador con su medio, encontrará eco y cobijo en Gabriela, su mujer, en su cuñada Martha, y su suegro, médico, familia no oriunda del pueblo y núcleo de resistencia contra el aura mediocre y hasta ruin que la rodea, familia de asombrosa tradición lectora antes de que él la conociera (las veladas de lectura de los cuatro incluyen autores como Huxley, Gide, Proust, Ludwig, France) de ideas liberales y marginalidad de la chismografía y mezquindad dominantes, factores que, por supuesto, hacen llover sobre ellos desde humillaciones como avisos insultantes en las paredes de su casa hasta discriminaciones que afectan la actividad profesional de su suegro y la suya, vinculada a la rama judicial.

Y el conflicto se extiende más allá de lo que los “toca” directamente en el acontecer rutinario, como que incluye tópicos de la mentalidad dominante con los cuales chocan, y choca él de manera más explícita dado su lugar de narrador protagonista. Así, sin que medie ningún hecho más que su integridad y formación intelectual, dedica páginas de su diario a criticar la “educación” desde la niñez en el terror al cuerpo, al infierno, a los muertos, al diablo, al placer – sea del orden que fuere –, a la verdad sobre la sordidez de la vida de los adultos, a las preguntas sobre el sexo que impone la vida misma; examina la situación degradante de la mujer en el matrimonio y la noción real de lo que es una familia como simple lazo de sangre sin caridad real ni comprensión entre sus miembros ante las diferencias de conducta y pensamiento, y extiende la gama de sus preocupaciones hasta asuntos sorprendentes por alejados de lo que le es verdaderamente acuciante, como el debilitamiento generacional de los descendientes de los fundadores que, acostumbrados a la molición de la renta heredada, terminan por vender propiedades a campesinos enriquecidos con el trabajo y el negocio para irse a vivir a la ciudad. Y es un asesinato, sus causas y consecuencias, el espacio elegido para manifestar de forma inmejorable toda aquella perturbación del alma colectiva. El ahorcamiento de don Temístocles, con truculentas connotaciones sexuales, termina por comprometer familias de gamonales en cabeza de hijas que se suponía, por supuesto, virtuosas, y que huyen con la complicidad del cura y otros elementos del poder local. El asesinato y la investigación – conducida con honestidad en medio de la presión por desviarla – sacuden toda esa modorra

municipal, rasgan la máscara de la hipocresía reinante y acosan a todos con su carácter de tragedia que no es más que resultado lógico del tejido social de prejuicios y falsos valores del que todos participan por intereses, miedo, pasividad e ignorancia. A la vez que el asesinato – con rasgos de relato policíaco desarrollado como una historia vinculada al tronco principal de la narración pero con el atractivo de trama específica, separable hasta cierto punto, y con ingredientes clásicos del género como el suspenso – y la investigación, núcleos desde los que se precipita la estructura episódica central hacia un desenlace que incluye el abandono del pueblo por parte de algunos protagonistas y testigos, sirven a la vez para algo más: hacen de pretexto para ahondar en la reflexión sobre las malformaciones del alma provinciana, de su mentalidad, como prefiere decirse desde hace unas décadas, análisis que acierta en preocuparse, más que del aspecto secundario de dar con él o los culpables, de señalar al verdadero responsable: los valores enfermizos donde se sustenta el entramado social represivo, negador de la vida, porque son ellos los causantes últimos de la tragedia y la explicación final de la patología colectiva que alimenta el drama y de las aberraciones que éste revela: “Porque – arguyó el doctor – la educación pueblerina, hecha toda de miedos y vergüenzas, es totalmente falsa, no satura de respetos al alma ni es cosa sustantiva. Esa educación parte del supuesto de que lo hecho público es lo único que mancha al individuo; se educa para lo teatral, para la pose, para la representación (...) Hay una tendencia muy peligrosa en creer que estos pueblos pequeños, alejados de los centros urbanos de magnitud, son viveros de virtudes no susceptibles de mejorarse, y que la monotonía de sus vidas cobija almas ingenuas, de castidad no antes conocida, de una relación social sin roces deprimentes, sin grandes pecados ni defectos aberrantes. Esa literatura dulzarrona y romántica a lo Azorín y Rusiñol nos dio una estampa muy engañosa de los pueblos”.

El traslado de Alfonso y de su familia a la ciudad, incluyendo suegro y cuñada, refresca el diario en que viene envasada la novela con otras expectativas y demandas, con diferentes urgencias, con otro ámbito humano, cuando ya la vida pueblerina y su vivisección implacable han llegado a los trasfondos traumáticos que la activan y determinan. La ciudad introduce también un cambio,

aunque no radical, en la perspectiva sobre el pueblo que han dejado y en el que las penas primaron sobre las alegrías. La ciudad fractura sus vidas, les arrebató de un solo raponazo aquello que habían respirado sin darse cuenta de ello porque era la normalidad de sus horas. El diario de Alfonso, luego de hacer inventario de algunas de las miserias que han dejado en el pueblo, por el que explícitamente se afirma no sentir nostalgia alguna, da inicio al registro físico de la ciudad acabada de conocer, nada favorable, pues lo exacerban el gentío, el ruido, la agitación, la mugre, el alboroto, la fealdad de mucho edificio (“Edificios chatos, de pésimo gusto, con colorines de estampado ideado por pintor brochagordista, enmarcan la vida de estos barrios”), el desorden, los olores desaparecidos (“hay un olor a sementera, a fritura, a chocolate, a café, a ruana vieja, a enaguas no lavadas en muchos días, todo revuelto, mezcolanza de puchero”), el vestir desastrado o impúdico, la miseria (“Y hay cosas que avergonzarían a cualquier pueblo.: esa cantidad de familias: de cuatro, cinco y más hijos, que pernoctan en las aceras y se cobijan con pegotes de papeles públicos, de los que son fijados como cartelones en las esquinas. Nadie se preocupa de esas familias. La ciudad, si se estudia un poquito a fondo, es el fracaso del Estado”). Y, quién lo creyera, la desolación del pueblerino perdido en la ciudad le abre los ojos a cosas amables del pueblo de las que no tuvo conciencia mientras vivió en él. Los asientos en el diario durante el segundo semestre del año 1946 se centran principalmente en este asunto.

Con todo y la ferocidad del sarcasmo corrosivo con que el pueblerino recién desempacado hace inventario de la ciudad – la precisión de las alusiones en el diario no deja duda de que se trata de Medellín: “ ‘El Palacio Nacional’ es uno de los tres ‘palacios’ que tiene la ciudad. Los otros son el ‘Palacio Municipal’ y el ‘Palacio de la Gobernación’. Ciudad de tres ‘palacios’ es, indiscutiblemente, muy importante” –, este aparte de la novela tiene un valor que va más allá de la novela misma: se constituye en un documento histórico, como registro literario, no muy abundante entre nosotros en la literatura de la época, de la inmigración que desde pueblos y veredas antioqueños aumentó la población de Medellín durante la primera mitad del siglo XIX. Luego de la anotación del día 19 de diciembre de 1946, cuando registra el nacimiento de

su hijo varón, Alfonso deja de escribir por casi cinco años en su diario. Es de mucho interés un fragmento del contenido de esa reanudación el 14 de mayo de 1951: “Al venirme a la ciudad creí que el cúmulo de sucesos pondría en mis manos cada día la pluma para narrar hechos históricos, de esos que hacen época. Pero la ciudad es anodina, en ella nada hace época, nada es histórico. No sucede lo mismo en el pueblo, donde el asesinato de don Temístocles, la visita de Rosalba, la compra de la casa por el campesino adinerado, la muerte del cura, todo eso hace época, edifica historia. O crónica, que es la historia de los pequeños, de los que no tienen marco de siglos para ponerles a sus vidas. Aquí todos los días asesinan a alguien, a cada hora se ven prostitutas, mueren curas frecuentemente...” Un encuentro casual en la ciudad con una pareja de paisanos – implicados durante un tiempo en el asesinato de don Temístocles y al momento del encuentro unidos en matrimonio – despeja la incógnita sobre el asesinato, del que nadie pagó cárcel y que se revela como cometido por muchachos del pueblo, que habían convertido la casa del rábula en casa de citas, y ya entonces profesionales reconocidos en la ciudad: “Su muerte se debió a la embriaguez de los muchachos...” Pero la fibra para continuar escribiendo se ha roto: “Repasando la lista de personas y familias que en estos cinco años han abandonado el pueblo, tal vez llegue a saber quiénes fueron. ¿Pero qué me importa ya a mí todo eso?”. Y ahí se cierra el diario de Alfonso, pero no la novela, que se prolonga todavía unas páginas con la intervención inusitada de Martha, la cuñada a quien Alfonso ha deseado sin realizar ese deseo pero sin ninguna conciencia de culpa, vivido como algo normal. En un cuaderno aparte registra la muerte de su padre, los cambios que este hecho produce en la vida familiar, su decisión de entrar a un convento y el deseo de que Alfonso encuentre sus notas cuando ella haya partido. Martha, poseída por una integridad hermana de la de Alfonso, aclara el por qué y el alcance de su aspiración al retiro conventual.

Como el lector lo sospechaba desde hacía rato, reconoce su amor único por Alfonso, su deseo pleno de mujer por él. Pero en estas páginas finales, Martha hace algo más que una confidencia, que justificar la presencia de su padre, su hermana y ella en el pueblo, siendo ciudadano su origen. Las convierte en un “Yo acuso” contra la defor-

mación que en el ser de la mujer produce el medio social, a la vez que comunica la impresión de rechazo visceral que le produjo el contacto con la vida pueblerina. De esta manera, en su cierre, la novela llama la atención del lector sobre las dos problemáticas centrales que la articulan y le conceden, tanto su elevado interés temático por su pertinencia con nuestra realidad histórica de la época de que se ocupa, como la fuerza originada en su tratamiento a corazón abierto, descarnado, impugnador hasta la mordacidad, irreverente, sin reserva alguna, fuertemente centrado en esos dos asuntos: las ruindades de la vida en los pueblos – aunque la ciudad, como se reseñó, tampoco sale salvada de estas páginas feroces casi en su designio crítico – y la sexualidad perturbada de nuestra cultura, perspectiva que la sitúa de espaldas a toda reminiscencia de enfoque costumbrista, pues, como se anotó en un principio, su ámbito es la reflexión moderna sobre hechos centrales en la vida de los hombres y que asumen entre nosotros un rostro de tragedias colectivas.

Un furor iconoclasta no sólo no inferior sino, si se quiere, más radical, eriza las páginas de su segunda novela, Pozo cegado. El lector asiste a la destrucción total de la vida de Elías Gutiérrez Hoyos, empleado. Ha sido detenido por peculado y lo ha hecho para sostener una amante, su primer y último robo, la primera y única amante. Convencional. Pero no lo son la perspectiva, el recurso técnico y el lenguaje desde los que desmonta las piezas últimas del porqué, ni el resultado literario obtenido. Sólo que el análisis de su drama es tan minucioso e implacable en su aspiración compulsiva y dolorosa por explicarse – a sí mismo, los demás lo tienen sin cuidado –, que el tejido social del que ha hecho parte y ahora lo expulsa, se revela como hondamente comprometido en el suceso, sin que esto equivalga a hacer de este nuevo “yo acuso” un burladero de lo que lo compromete como individuo. La culpa los cubre por igual. La buena conciencia es un imposible para cada uno de los factores en juego en la tragedia, independientemente de que la acusación y el castigo sólo caigan, como es obvio, sobre Elías Gutiérrez.

El narrador articula su discurso, su extenso soliloquio, sobre la base de las preguntas que le dirige el juez: “¿Quiere decir su nombre, edad, estado civil, profesión u oficio, lugar de nacimiento, cédula de ciudadanía, nombre de los

padres, estudios realizados, y si ha habido en su familia locos, tarados o condenados por algún delito?”. “¿Pero acaso sabía él mismo quién era? Bueno, en todo caso ya lo estaba aprendiendo. Un día fue un niño; después, un estudiante; luego, un novio; más tarde, un marido; vino a ser padre; llegó a empleado; ahora era reo. ¿Qué gustaban escoger el señor juez y su secretario?”. Cada una de las respuestas es un corte en profundidad en la vida del reo con el pretexto ofrecido por el cascarón de la pregunta formal. De esa manera la inanidad de la retórica judicial salta hecha pedazos bajo el la reconstrucción ferozmente veraz de una vida nada excepcional – salvo su final –, mediocre incluso, elemento tanto más formidable en su carga crítica porque de esa manera el relato postula cómo la sociedad crea, con sus injusticias y deformaciones incontables, numerosísimos “Elías Gutiérrez potencialmente criminales”. El “dedo de la justicia” lo acusa a él y a través de él a la misma sociedad que lo lleva a la cárcel, primero, por robo, luego, por asesinato. Sobre su niñez le es suficiente revelar unas escasas vejaciones, mayores y menores, señalar el tormentoso silencio que rodeó el mundo del sexo y el maltrato del poder adulto, para hacer patente la sordidez de sus primeros años en uno de nuestros pueblos, y con la de él, señalar innumerables infancias semejantes; le basta detenerse, con escasos pero crudos trazos, en la alianza de la pobreza familiar, que sólo pudo garantizar estudios universitarios al hermano mayor, y la mediocridad de una educación secundaria que no lo prepara en algún oficio de utilidad práctica (“El cartón era pomposo e inútil como un amanecer montañero”), para hacer conciencia de hasta dónde esa “educación” lanzaba a las calles miles de bachilleres que eran la carne de cañón de los empleos menores y mal pagados; el relato a grandes y furiosas síntesis de su noviazgo y matrimonio, vividos desde una sexualidad colectiva llena de malicia, hipocresía y mala conciencia, es el espejo de legiones que han vivido idéntico calvario de coacciones (en adelante hombre y mujer renuncian a amistad alguna con alguien del sexo opuesto distinto a su cónyuge: “El matrimonio en el pueblo es una obligación, no una satisfacción; es un encierro, no una compañía. Se ejerce la profesión de marido; se desempeña el cargo de esposo; sin reemplazo a la vista, sin cesantía posible”), donde el sexo, más que disfrute, es penosa obligación para la mujer (la mujer de Elías Gutiérrez “esgrimía su virtud como

un arma”), disposición que, sumada a la “esclavitud asalariada” y a las penalidades y los días, anula elementos de la vida de pareja que podrían hacer del vínculo matrimonial algo vivo, sincero: “El matrimonio había cegado todas las fuentes de su ternura (...) se entregaba al marido con la desesperación con que una mecanógrafa obligada a copiar diez mil veces una carta de amor dirigida a ella la copiaría de la centésima vez en adelante”.

El resto lo hace su vida de empleado de bajo rango. Lo que equivale a decir de malos sueldos y sus secuelas de necesidades no cubiertas en la familia, viviendas pésimas y barrios miserables; de períodos obligados de brazos caídos y sus corolarios de hambre, endeudamiento y fatiga humillante de las visitas a los “amigos” y conocidos en busca de trabajo; de empleos que lo alejaban durante meses del hogar; de inestabilidad salarial, con sus imprevistas alzas y bajas del sueldo, lo que resultaba más que inconveniente para un manejo racional de la economía familiar. El desgaste que una vida así deja suponer con facilidad cuando se ha llegado a los cuarenta años de edad, que es la de Elías Gutiérrez cuando lo detienen, lo convertía en víctima fácil de una “mujer fatal”, así ésta le hubiera salido al paso bajo la apariencia anodina y el cuerpo experto de una maestra, que aprovechó bien la inexperiencia de Elías, hasta entonces ejemplo de fidelidad. El vínculo con Margoth, que así se llama la maestra con “cara de nada”, lo conduce al peculado, el desempleo, la cárcel y el asesinato. Resumen pronto para un infierno que la novela representa con intensidad sobrecogedora. ¿Que algunos de los tópicos de este Pozo cegado son los mismos de Visibilidad cero? Sí, porque las determinaciones sociales en que se originan los personajes protagonistas son las mismas. Pero además de sus elementos particulares, la principal diferencia radica en otra cosa: lo que en Visibilidad cero es angustia, en Pozo cegado es desesperación, locura. El drama existencial de Elías contiene rasgos indudables de hundimiento personal, de agobiante fracaso total, que lo separa de manera radical del drama de Alfonso. Éste padece de diferentes maneras la chatura del medio pueblerino y la desolada impersonalidad de la ciudad, su sensibilidad cultivada sufre ésas limitaciones pero a la vez dispone de una formidable conciencia crítica que salvaguarda su integridad personal, su distancia, lo mismo que de un bienestar sin

lujos pero sin penurias, y de una vida personal y familiar satisfactorias corporal y mentalmente, por fuera de la vulgaridad promedio. De todo esto carece Elías, quien a lo largo de su relato lo lanza reiteradamente a la cara del juez, es decir, del lector. Y aunque es sincero cuando afirma: “No; él no quiere justificar con toda esta historia su acción delictiva. La historia no justifica nada; se limita a contar. Y eso es lo que él está haciendo: contando”. Lo que no es contradictorio con que unas páginas adelante, torciendo el sentido de la pregunta, responda afirmativamente a la pregunta si tuvo “auxiliares” en su delito: todos aquellos que en la vida lo humillaron y ofendieron, empezando por su esposa.

Margoth, esa amante no buscada, no hace más que servir de hoguera de sacrificio de una víctima que ya estaba lista para perderse en ella porque su voluntad no era más que un guiñapo, un residuo inoperante; y porque más que sumadas, unidas, el resto lo harían su debilidad de carácter (que es indudable), su carencia de una estructura intelectual que compensara aquélla, y su personalidad y expectativas originales hechas añicos en cuarenta años de oportunidades negadas por la pobreza y la indigencia humana y espiritual del medio social. La conciencia de su fracaso indica que tenía una noción de él como una línea de fatalidades que atravesaba su vida de principio a fin. El balance de sus quince años de matrimonio que hace ante el juez es desolador. Ante semejante drama el lector no puede más que sonreír con la requisición que el juez le hace a Elías: “¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?”. Su confesión no pide ni espera tregua: “Me puse a escribir esto para ajustar cuentas conmigo mismo. En vez de mirar la sucesión de los días, me voy a poner a mirar la sucesión de la vida en mí”. Eso es la novela. Un yo acuso a sí mismo que no puede dejar de ver como complementarias su culpa y la de la sociedad en sus delitos, porque incluso aquellos que le hacen daño y lo impulsan al mal también son víctimas, resultados de las deformaciones del alma colectiva:

La densidad humana de estas dos novelas, su exacerbada mordacidad sin pausa, su vigilante y despectiva distancia crítica con el medio social, el atrevimiento para señalar temas que aún hoy viven en la sombra del prejuicio y el silencio, la vivisección implacable a que somete

valores y patrones de conducta en los que las voces narradoras encuentran las causas de nuestras patologías colectivas más extremas, su tremenda sinceridad, aunados estos factores de contenido a la pareja calidad literaria de los dos relatos, establecida por la fuerza aluvional del discurso narrativo, por su recursividad expresiva, por la abundancia de imágenes originales que renuevan lo que tocan, por la presencia constante de la reflexión trascendiendo permanentemente el nivel anecdótico, y por la magnífica individualidad de las voces narradoras y de los otros personajes, entre otras virtudes, convierten en un enigma importante de nuestra literatura antioqueña y colombiana ese segundo plano en el que, más que fijarse en el tiempo, Visibilidad cero y Pozo cegado se han ido desvaneciendo en él, relegación no por común a otras obras nuestras, menos injusta.

Es obvio que en el fondo he escrito este texto para quitarme de encima el ya mencionado remordimiento de haber preferido, en presencia suya, *El enano*, a sus dos novelas, que en absoluto le van a la zaga a aquélla en furor crítico y calidad literaria. Pero no lo he conseguido. Han transcurrido 43 años desde entonces, una vida, y no hay nada que hacer. La escritura no ha disuelto ese momento que permanecerá en mí como si estuviera encantado dentro de un pisapapeles de vidrio, inaccesible. También lo son para la escritura muchos otros momentos que quisiéramos reducir a nada. Hasta mi juventud le fue adversa a aquel hombre que con su atuendo conservador, saco, camisa de manga larga, chaleco, corbata y gafas de montura gruesa, no tenía cómo competir en mi ánimo de muchacho con las melenas revueltas, las chaquetas de cuero negras, la juventud y los escándalos del Nadaísmo, ni sus libros con las grandes famas literarias del momento, con los Robbe Grillet, los Beckett, los Vargas Llosa. Y hubo un dolor adicional: ese ostracismo que por años se impuso a sí mismo en Cali, donde murió, y en cuyo silencio y aislamiento adivino dosis de amargura por el desconocimiento grande de que había sido objeto. Veinte años después de la publicación de sus dos novelas se le hicieron dos homenajes. El Concejo Municipal y la Sociedad de Mejoras Públicas de Sonsón editaron, dentro de la Colección Autores Sonsoneños, una selección de textos suyos, aparecidos en distintos momentos y medios, que se ocupan de la historia y la cultura de su tierra natal,

selección a la que tituló bellamente Idea y emoción de la ciudad; y un año después, en 1988, durante la Feria del Libro de Bogotá, recibió el homenaje, al que asistió, de un grupo de intelectuales antioqueños, ocasión en la que se presentaron sus dos novelas, reeditadas en un volumen por la colección Autores Antioqueños. Sin embargo, eran demasiados años en el olvido como para que esa amargura que hemos intuido desapareciera, creemos. No quería ser descortés y, más allá de la incomprensión y el segundo plano a que había sido relegado, no hay ninguna duda de que amaba la tierra compleja y llena de contradicciones de que estaba hecho.